

LEON DEGRELLE

---

Carta al  
**PAPA**

*sobre los millones (?) de*

**JUDIOS**

*gaseados (?) por Hitler en*

**Auschwitz**

---

CARTA AL PAPA

Antonio Tello

4/6/81



PROPIEDAD DE

TELLO - DIAGO

4.6.81

Ediciones BAUSP  
Apartado de Correos 207  
Badalona, Barcelona.  
Reg. Emp. Editoriales 1269-74  
Dep. legal B-24190-1979

**LEON DEGRELLE**

**Carta al  
PAPA**

EDICIONES BAUSP  
Ap. Correos: 207  
BADALONA  
Barcelona

## ADVERTENCIA

Gracias a una fotocopia que les ha llegado de Roma a las Ediciones de "Europe Nouvelle", acaban de revelar, en París y en Bruselas, el texto de una carta escrita por León Degrelle, a su Santidad Juan Pablo II antes de su viaje a Polonia.

El séllo oficial de recepción de esta carta por SS Juan Pablo II, lleva, después del número de orden 951, la mención "Citta del Vaticano" P2-26.5.79 y es seguida de la firma del destinatario.

Nosotros nos congratulamos en publicar la traducción original de esta misiva "particular". Estimamos indispensable esta publicación en la hora en que el odio y la intolerancia intentan engañar más fanáticamente que nunca al pueblo español, con la emisión del film Holocausto, colmo de la mentira y de la estafa de la propaganda sionista.

Completamos esta carta con un capítulo final en el cual José Martínez comenta lo que ha dicho y también lo que no ha dicho Juan Pablo II en Auschwitz, y la contestación discreta pero interesantísima de Su Santidad a León Degrelle, desde dicho campo de concentración.

En el exilio, a 20 de mayo de 1979

A SU SANTIDAD EL PAPA JUAN PABLO II  
CIUDAD DEL VATICANO

Muy Santo Padre:

Yo soy León Degrelle, el Jefe del Rexismo belga, antes de la segunda Guerra Mundial, y durante ésta, el Comandante de los Voluntarios belgas del Frente del Este, luchando en la 28a. División de la Waffen SS "Wallonie". Ciertamente esto no es una recomendación a los ojos de la gente. Pero yo soy católico como usted y me creo, por este hecho, autorizado a escribiros, como a un hermano en la fe.

He aquí de que se trata: la prensa anuncia que con motivo de vuestro próximo viaje a Polonia entre el 2 y el 12 de junio de 1979 S.S. va a concelebrar la misa con todos los obispos polacos en el antiguo campo de concentración de Auschwitz. Yo encuentro, os lo digo de antemano, muy edificante que se rece por los muertos, sean cuales sean y donde sea, incluso delante de unos hornos crematorios flamantes, de ladrillos refractarios inmaculados.

Pero me asaltan ciertas aprensiones, a pesar de todo.

S.S. es polaca. Esta condición aparece sin cesar, y es humano, en vuestro comportamiento pontifical. Si os impresionan fuertemente viejos resentimientos de patriota que participó de lleno en su juventud en un duro conflicto bélico, podríais estar tentado de tomar partido, una vez hecho Papa, en disputas temporales, que la historia no ha esclarecido aún suficientemente.

¿Cuales fueron las responsabilidades exactas de los diversos beligerantes en el desencadenamiento de la II Guerra Mundial? ¿Cual fue el papel de ciertos provocadores? Vuestro presidente del Consejo de Ministros el Coronel Beck que todo el mundo sabe que era un personaje bastante sospechoso, ¿se comportó a caso en 1939 con toda la ponderación deseada? ¿No rechazó con demasiada soberbia ciertas posibilidades de entendimiento?

¿Y después? ¿La guerra fue verdaderamente tal como se ha dicho? ¿Cuales fueron las faltas, e incluso los crímenes de unos y de otros? ¿Se han sopesado siempre con objetividad las intenciones? ¿No se ha desvirtuado a la ligera o con mala fe, porque la propaganda lo reclamaba, la doctrina del adversario atribuyéndole unos proyectos y endosándole unos actos cuya realidad puede estar sujeta a numerosas dudas?

A pesar de que la Iglesia siempre esté mucho mejor informada que nadie, a través de dos mil años de circunspección ha evitado siempre las posturas precipitadas, y ha preferido juzgar siempre sobre hechos probados, con calma, después de que el tiempo ha separado el grano de la cizaña, los furros y las pasiones. Especialmente, la Iglesia siempre se distinguió por una moderación extrema, a lo largo de la II Guerra Mundial. Siempre se guardó cuidadosamente de propagar locas elucubraciones que corrían entonces. Muy Santo Padre, sobre vuestro suelo patrio —en Auschwitz particularmente—, afectado, quizás, por ciertas visiones incompletas y partidarias del pasado va usted simplemente a rezar?...

Temo sobre todo, que vuestros rezos, e incluso vuestra simple presencia en esos lugares, sean inmediatamente desvirtuados de su

sentido profundo, y sean utilizados por propagandistas sin escrúpulos, que los harán servir, escudándose en vos, para las campañas de odio, a base de falsedades, que emponzoñan todo el asunto de Auschwitz desde hace más de un cuarto de siglo.

Sí, falsedades.

Después de 1945 —abusando de la psicosis colectiva que, a base de habladurías incontroladas, había trastornado a numerosos deportados de la II Guerra Mundial— la leyenda de las exterminaciones masivas de Auschwitz ha alcanzado al mundo entero.

Se han repetido en millares de libros incontables mentiras, con una rabia cada vez más obstinada. Se las ha reeditado en colores, en películas apocalípticas que flagelan furiosamente, no sólo la verdad y la verosimilitud, sino incluso el buen sentido, la aritmética más elemental, y hasta los mismos hechos.

Usted, Muy Santo Padre, fue, según se dice, un resistente a lo largo de la II Guerra Mundial, con los riesgos físicos que comporta un combate contrario a las leyes internacionales. Ciertas personas añaden que usted estuvo internado en Auschwitz: como tantos otros, usted ha salido de allí, ya que usted es actualmente Papa, un Papa que, con toda evidencia, no huele demasiado al famoso gas Cyclon B. Su Santidad, que ha vivido en estos lugares, debe saber, mejor que cualquier otro, que esos gaseamientos masivos de millones de personas nunca fueron realidad. S.S. como testigo de excepción, ¿ha visto personalmente efectuar una sola de estas grandes masacres colectivas, tan repetidas una y otra vez por propagandistas sectarios?...

Ciertamente, se sufrió en Auschwitz. En otras partes también. Todas las guerras son crueles. Los centenares de miles de mujeres y niños atrozmente carbonizados por orden directa de los Jefes de Estado aliados, en Dresde, Hamburgo, Hiroshima y Nagasaki, tuvieron unos padecimientos mucho más horribles que los sufridos por los deportados políticos o los resistentes (entre ambos, el 25 por ciento de la población total de los campos), obje-

tores de conciencia, anormales sexuales o criminales de derecho común (75 por ciento de la población concentracionaria) que padecían, y a veces morían, en los campos de concentración del III Reich.

El agotamiento les devoraba. El hundimiento moral eliminaba las fuerzas de resistencia de las almas menos templadas. Las crueldades de ciertos guardianes desnaturalizados, alemanes, y más a menudo no alemanes, de los "kapos" y otros deportados convertidos en verdugos de sus compañeros, se sumaban a la amargura de una promiscuidad multitudinaria. Cabe pensar que en algún campo hubiese algún chiflado que procediera con experiencias de muerte inéditas o fantasías monstruosas en torturas o asesinatos.

Sin embargo, el calvario de la mayor parte de los exiliados, habría terminado felizmente el día tan esperado del inicio de la paz, sino se hubiera abatido sobre ellos, a lo largo de las últimas semanas, la catástrofe de epidemias exterminadoras, ampliadas aún más por los fabulosos bombardeos que destrozaban las líneas de ferrocarril y las carreteras, enviaban a pique los barcos cargados de presos, como ocurrió en Lübeck. Estas operaciones aéreas masivas destruían las redes eléctricas, los conductos y depósitos de agua, cortaban todo abastecimiento, imponían por doquier el hambre, hacían imposible todo transporte de evacuados. Las dos terceras partes de deportados muertos a lo largo de la II Guerra Mundial, perecieron entonces, víctimas del tifus, de la disentería, de hambre, de las esperas interminables sobre las trituradas vías de comunicación. Las cifras oficiales lo establecen. En Dachau, por ejemplo, según las mismas estadísticas del Comité Internacional, murieron en enero de 1944, 54 deportados; en febrero de 1944: 101; pero en el mes de enero de 1945 murieron 2.888, y, en febrero de 1945 murieron 3.977. Sobre el total de 35.613 deportados muertos en este campo de 1940 a 1945, 19.296 fallecieron durante los últimos 7 meses de hostilidades; y queda demostrado que el terrorismo aéreo aliado no tenía ya ninguna utilidad militar, pues la victoria, de los aliados, al principio de 1945, ya estaba totalmente asegurada. Y por tanto, ya no era necesario de ningún modo, dicho terrorismo aéreo aliado.

Sin esta loca y brutal trituración a ciegas, millares de internados hubiesen sobrevivido, en lugar de convertirse —entre abril y mayo de 1945— en macabros objetos de exposición, alrededor de los cuales bullían manadas de necrófilos de la prensa y del cine, ávidos de fotos y películas con ángulos y vistas sensacionales, y de un rendimiento comercial asegurado. Unos documentos visuales, cuidadosa y previamente retocados, sobrecargados, deformados, y generadores de crecientes odios.

Estos correveidiles de la información hubiesen podido, también, tomar kilómetros de fotografías similares de cadáveres de mujeres y niños alemanes, cien veces más numerosos, muertos exactamente de la misma manera, de hambre, de frío o ametrallados sobre los mismos helados vagones al descubierto, y sobre los mismos caminos ensangrentados. ¡Pero esas fotos, igual que las de la inmensa exterminación de las ciudades alemanes, que nos descubrirían seiscientos mil cadáveres, ya se guardarían bien de darlas a conocer! Hubiesen podido turbar los ánimos y sobre todo, templar los odios. Y la verdad es que el tifus, la disentería, el hambre, los continuos ametrallamientos aéreos, golpeaban indistintamente, en 1945, tanto a los deportados extranjeros como a la población civil del Reich, todos atrapados por unas abominaciones propias del fin del mundo.

Por lo demás, Muy Santo Padre, en lo que se refiere a una voluntad formal de genocidio, ningún documento ha podido aportar la menor prueba oficial de ello, desde hace más de 30 años. Mas especialmente, en lo que concierne a la pretendida cremación, en Auschwitz, de millones de judíos en fantasmales cámaras de gas de ciclón B, las afirmaciones lanzadas y constantemente repetidas desde hace tantos años, en una fabulosa campaña, no resisten un examen científico serio.

Es descabellado imaginar, y sobre todo pretender, que se hubieran podido gasear en Auschwitz 24.000 personas por día, en grupos de 3.000, en una sala de 400 metros cúbicos, y menos aún, a 700 ú 800 en unos locales de 25 metros cuadrados, de 1'90 metros de altura, como se ha pretendido a propósito del campo de Belzec: 25 metros cuadrados o lo que es lo mismo, la superficie de un dormitorio. Usted, Santo Padre, ¿lograría meter 700 ú 800 personas en vuestro dormitorio?

Y 700 ú 800 personas en 25 metros cuadrados, esto hace 30 personas por cada metro cuadrado. Un metro cuadrado, con 1 90 metros de altura ¡es una cabina telefónica! ¿Su Santidad, sería capaz de apilar a 30 personas en una cabina telefónica de la Plaza San Pedro o del Gran Seminario de Varsovia? ¿O en una simple ducha?

Pero si el milagro de los 30 cuerpos plantados como espárragos en una cabina telefónica o el de las 800 personas apiñadas alrededor de vuestra cama se hubiese realizado, un segundo milagro tenía que haberse producido inmediatamente, pues las 3.000 personas — ¡el equivalente de dos regimientos!— hacinadas tan fantásticamente en la habitación de Auschwitz, o las 700 ú 800 personas apretujadas en Belzec a razón de 30 ocupantes por metro cuadrado, ¡hubiesen perecido casi al instante, asfixiadas, por carencia de oxígeno! ¡No hubieran hecho falta las cámaras de gas! Todos habrían dejado de respirar, incluso antes de que se hubiese terminado de hacinar los últimos, que se cerrasen las puertas y se esparciera el gas por la sala. ¿Y como se hacía esto último? ¿Por unas hendiduras? ¿Por unos agujeros? ¿Por una chimenea? ¿Bajo forma de aire caliente? ¿Con vapor? ¿Vertiéndolo sobre el suelo? ¡Cada uno cuenta lo contrario del otro!— ¡El Cyclón B, no alcanzando más que a cadáveres, no hubiese representado la menor utilidad!

De todas maneras, el Cyclón B es, como toda persona interesada en la ciencia puede saber, un gas de empleo peligroso, inflamable y adherente. También veintiuna horas de espera hubiesen sido necesarias, e incluso indispensables, antes de que se hubiese podido retirar el primer cuerpo de la fantástica sala.

Sólo después se hubieran podido extraer—como se han complacido en contármolos, con miles de detalles escabrosos— todos los dientes de oro, todas las fundas de plomo—en las que escondían, se dice, diamantes—, de cada lote de seis mil mandíbulas rígidas — ¡tres mil personas!—, contraídas tras la muerte, o de 48.000 mandíbulas diarias si se creen las cifras oficiales de 24.000 gaseados cotidianos solamente en Auschwitz.

Muy Santo Padre, por muy santo que sea Su Santidad, ¿Usted soportará al dentista alguna vez, con más o menos resignación! ¿Os han extraído un diente? ¿Dos dientes? ¿Se os ha instalado en una silla de dentista con potentes reflectores, enfocados sobre las mandíbulas con útiles perfeccionados y con un paciente que se presta a sus prescripciones?. Pues bien, la extracción, en unas óptimas condiciones, tarda su tiempo. ¿Un cuarto de hora? ¿Media hora?. En Auschwitz, según las leyendas, a los cadáveres que yacían en el suelo, era necesario abrirles, con muchas dificultades, las mandíbulas endurecidas, descontraerlas, y tratarlas mediante instrumental necesariamente primitivo. Con ocho operadores en total: es la cifra oficial. Y después tenían que examinarlos sin luz apropiada, a ras del cemento, y no solamente un punto enfermo de la dentadura, ¡sino las dos mandíbulas enteras!. ¡Arrancar, vaciar, limpiar! ¿Puede hacerse esto en menos tiempo que en casa del especialista, perfectamente equipado?

Dígnese Su Santidad tomar un lápiz. A razón de un cuarto de hora por dentadura y con ocho individuos a pleno rendimiento en la operación se podría llegar a 16 cadáveres tratados por hora, es decir, 160 en una jornada de 10 horas sin un minuto de reposo. Piense Su Santidad incluso en un estajánovista de las dentaduras, y doble el ritmo de las extracciones, lo que es además materialmente imposible: esto supondría 320. Entonces, Muy Santo Padre, ¿cómo imaginar cremaciones de 3.000 judíos de una sola vez? ¿Y las jornadas de 24.000 gaseados con cyclón B. que representarían 48.000 dentaduras para vaciar o sea más de 760.000 dientes a examinar diariamente? Simplemente ateniéndose a los seis millones de judíos muertos —algunos han doblado y triplicado la cifra, que la propaganda machaca continuamente en nuestros oídos—, estos extractores de mandíbulas hubiesen seguido, unos años después de la guerra, en plena actividad.

Estas extracciones, solamente estas extracciones, en diez horas de labor ininterrumpida, ¡hubiesen absorbido un trabajo de 1.875 jornadas de todo el equipo de 8 individuos!

Pero además, estas extracciones solo eran una formalidad preliminar. Hacía falta también rapar millones de cabelleras. Des-

pués, antes de pasar los cadáveres al horno, se procedía —según lo que todos los “historiadores” de **Auschwitz** afirman ex-cátedra— al examen de todos los anos y todas las matrices, de cuyo fondo se trataba de recuperar los diamantes y las “joyas” que hubieran podido ser escondidas. ¿Se imagina usted esto Muy Santo Padre? ¡Seis millones de anos, tres o cuatro millones de matrices limpiados a fondo, cuando se nos ha explicado que, después de los gaseamientos masivos, los cuerpos chorreaban de excrementos, de sangre femenina y de otras inmundicias! En estos órganos sucios, los dedos, las manos de los operadores, debían revolver todo, descubrir los supuestos diamantes escondidos, extraerlos pegajosos, lavarlos, lavarse ellos, 24.000 veces por día (los anos), 15 ó 20.000 veces por días (las matrices) ¡Es una locura! ¡Todo esto es de locos! Y no hablemos de las actividades complementarias: fábricas de abonos y fábricas de jabones, de las cuales el delirante profesor Poliakov habla sin pestañear.

¡Estas operaciones de gaseamiento, de corte de pelo, de extracción de dientes, de limpieza de órganos, realizados sobre seis millones de judíos, o siete millones, o sobre quince millones según el Padre Riquet, o sobre veinte millones — ¡es decir más que los judíos existentes entonces en el mundo entero!— según el diccionario Larousse, seguirían todavía si se admitieran como exactas las afirmaciones “oficiales” de los manipuladores de la “historia” de **Auschwitz**! ¡Entonces, si que tendría Vd., Muy Santo Padre! que taparse la nariz cerca de las cámaras de gas, y transpirar al calor de los hornos de **Auschwitz**, en el transcurso de su misa concelebrada!

Si se hubiese multiplicado el número de cadáveres reales y normales por diez, o por veinte, la estafa de los muertos hubiese podido conservar un cierto aspecto de verosimilitud. Pero al igual que hemos visto en el caso del gaseamiento de 700 a 800 personas por dormitorio, al mentir demasiado se llega a lo grotesco. Era precisa la insondable y apenas imaginable estupidez de las masas, para que semejantes extravagancias hayan podido ser inventadas, contadas, difundidas a los cuatro vientos, filmadas y **CREIDAS**.

¡“Yo creo, declara bravamente un personaje de Holocuasto, todo lo que se cuenta sobre ello”!

¡Declaración ejemplar!

Entonces, Muy Santo Padre, ¿cómo imaginar un instante que en Auschwitz, en la hora de la concelebración, mientras que todos los corazones, estrechados por el amor de Dios y de los hombres, van a participar en la renovación del sacrificio, un sacerdote, un Papa podría, en el momento en que levanta el cáliz hacia el cielo, ser consciente de que está encubriendo bajo su palio un despliegue de un odio tan bestial y de unas mentiras tan extravagantes, que están en el extremo opuesto de la enseñanza patética de Cristo? ¡No! ¡Ciertamente no! ¡No es posible! Vuestro mensaje, a cien pasos de la falsa cámara de gas de Auschwitz, no puede ser más que un mensaje de caridad, de fraternidad, igualmente de la verdad, sin la cual toda doctrina se hunde. Usted va a Auschwitz para recogeros, emocionado, en uno de los altos lugares del sufrimiento humano cuyas causas y cuyos responsables serán fijados verdaderamente, objetivamente, con el tiempo, por una Historia serena, y no recurriendo a testimonios obtenidos por la fuerza y a unas divagaciones de farsantes.

El Papa está por encima de todo esto.

Está al lado de las almas que sufrieron, de las que, en el sufrimiento, se elevaron espiritualmente, pues no existe pena, ni calvario, ni agonía que no pueda llegar a ser sublime. Por ejemplo, en los campos de batalla de la II Guerra Mundial en que tantos millones de soldados cayeron tras horribles sufrimientos, e igualmente en los campos de trabajo, en que tantos murieron víctimas de intereses que no entendían pero que los aniquilaban; el sacrificio, el dolor físico y moral, la terrible angustia, convirtieron a miles de almas, que en circunstancias normales se hubiesen perdido en la mediocridad, en gloriosos ejércitos de héroes espirituales. Así fue en Auschwitz. Fué así en el Frente del Este, a lo largo de los años de lucha y de inmolación de millones de jóvenes europeos que, de 1941 a 1945, hicieron frente heroicamente al empuje del comunismo.

Seguramente, a través de toda la historia de los hombres, se han cometido atrocidades. Auschwitz, de todas maneras, no habrá sido ni el primer caso, ni el último. Nosotros lo vemos de sobra en la hora actual, cuando son masacrados tantas mujeres y niños sin defensa, aplastados en los campos palestinos por la aviación de Israel, ejecutando la ley del Talión sobre unos inocentes, en memoria de los cuales, no se cantará probablemente nunca una misa concelebrada...Numerosas potencias han abusado muchas veces de su poder. Numerosos pueblos han perdido la cabeza. No uno especialmente. Pero sí todos. Al lado de corazones puros y desinteresados que ofrecieron su juventud a un ideal, Alemania, tuvo, como todo el mundo, su lote de seres detestables, culpables de violencias inadmisibles. ¿Pero qué país no ha tenido los suyos?

La Francia de la Revolución Francesa, ¿no ha inventado el Terror, la guillotina, los ahogamientos en el Loira? ¿Napoleón no deportó, pero sí movilizó por la fuerza a centenares de millares de civiles de los países ocupados, enviados a la muerte por su gloria! ¿Cincuenta y un mil nada más que en Belgica! ¿Es decir, más que los belgas que murieron a lo largo de la I Guerra Mundial o en los campos de concentración del III Reich. Más cerca de nosotros, un De Gaulle ¿no presidió, en 1944-45, la masacre de decenas de millares de adversarios bautizados como "colaboradores"? Más recientemente aún, en Indochina, en Argelia, Francia ¿no hacinó a centenares de millares de prófugos, de rehenes, de simples civiles arrestados masivamente, en campos de concentración extremadamente duros en donde tampoco faltaron los sádicos? Un general francés hizo incluso el elogio público de la tortura.

¿Y la Gran Bretaña, con sus bombardeos de ciudades libres como Copenhague? ¿Sus ejecuciones de cipayos atados en la boca de los cañones, su aplastamiento de los boers, sus campos de concentración del Transvaal o con millares de mujeres y niños muertos en una miseria indecible? ¿Y Churchill, desencadenando sus abominables bombardeos de terror sobre la población civil del Reich, la calcinación por fósforo en las cuevas, aniquilando en una sola noche alrededor de doscientos mil mujeres y niños en el gigantesco crematorio de Dresde? "Alrededor de", porque no se ha podido hacer una estimación aproximada más que calculando el peso de las cenizas.

¿Y los EEUU? ¿No han elevado su potencia gracias a la esclavización de millones de negros marcados al fuego ardiente como bestias, y gracias a la exterminación casi íntegra de los pieles rojas propietarios de los terrenos ansiados? ¿No han sido ellos en 1945 los lanzadores de la bomba atómica? Ayer aún, ¿no han contado, entre sus tropas de Vietnam, con indiscutibles verdugos?.

Y no insistimos sobre las decenas de millares de víctimas de la tiranía de la URSS y de los Gulags actuales, de los cuales, temo que no se dirá nada ni que usted visitará nunca como lo ha hecho con el campo de Auschwitz, vacío de todo ocupante desde hace decenas de años.

En Auschwitz, nadie lo negará, la vida ha sido dura, a veces muy cruel. Pero en los campos de los vencedores de 1945, los sádicos y los verdugos prosperaron rápidamente con igual abundancia, pero con muchas menos excusas, si se admite que una guerra mundial pueda albergar unas excusas...

Santo Padre, yo no querría empañar el placer que usted va a tener al encontrarse en su país. ¡Pero cuidado! Vuestra patria valerosa, de la cual usted ha exaltado la elevación moral al glorificar a su admirable patrón San Estanislao, ¿no ha conocido ella también sus horas de crímenes y de envilecimiento?. En el momento en que usted va a pisar el suelo polaco de Auschwitz que recuerda especialmente la última tragedia judía, resultaría poco decente —si quiere ser justo— no evocar otros judíos innumerables muertos anteriormente por todo vuestro territorio, en unos progroms horribles, torturados, asesinados, colgados durante siglos por vuestros propios compatriotas. ¡Estos no han sido siempre unos ángeles, a pesar de ser tan católicos!.

Yo oigo todavía al Nuncio Apostólico de Bruselas, el que fue después Cardenal Micara, anteriormente Nuncio en Varsovia, cuando me contaba, en su excelente mesa, cómo los campesinos polacos crucificaban a los judíos en las puertas de sus granjas.

—“ ¡Estos cochinos judíos!”, exclamaba, bastante poco evangélicamente el untuoso prelado.

Estas palabras fueron pronunciadas tal cual, créame.

La Iglesia ella misma, Muy Santo Padre, ¿ha sido siempre tan blanda?. Incluso en pleno siglo XVIII, ella quemaba aún a los judíos con gran aparatosidad. En plena ciudad de Madrid, particularmente. Pero ella, ¡los quemaba VIVOS!. La Inquisición no ha sido un pacífico redil. Las masacres de los albigenses se perpetraron bajo la égida de Santo Tomás de Aquino. Los asesinatos de la noche de San Bartolomé causaron la alegría del Papa, vuestro predecesor, que se levantó en plena noche para festejar, con un Tedeum entusiasta tan alegre acontecimiento, ¡y ordenó incluso conmemorarlo con una medalla! ¿Y las treinta mil llamadas brujas, calcinadas piadosamente a lo largo de la Cristiandad? Incluso en el pasado siglo, el papado restablecía aún en Roma el Ghetto. En el fondo, Muy Santo Padre, que no valemos mucho bien seamos Papas o Ayatollas, parisinos o prusianos, soviéticos o neoyorquinos. ¡No hay por qué ser exageradamente orgullosos! Todos nosotros hemos sido, en nuestros malos momentos, tan salvajes los unos como los otros. Esta equivalencia no justifica nada ni a nadie. Ella incita, sin embargo, a no distribuir con demasiada impetuosidad o benevolencia las excomuniones y las absoluciones.

Sólo se rechazará el salvajismo humano respondiendo al odio con la fraternidad. El odio se desarma, como todo se desarma, pero no ofreciéndolo continuamente con salsas cada vez más picantes. Ni excrementándolo y exasperándolo, como en el caso de Auschwitz, a fuerza de exageraciones locas, de mentiras y de falsas confesiones llenas de contradicciones flagrantes arrancadas por la tortura y el terror en las prisiones soviéticas o americanas, pues tanto valían las unas como las otras en los tiempos odiosos de Nuremberg.

Algunos hubiesen podido pensar que los filibusteros del exhibicionismo concentracionario y los falsarios que hicieron del asunto de los "seis millones" de judíos, la estafa financiera más remuneradora del siglo, iban a poner en fin un término a esa explotación. Gracias a todo el aparato de la grandiosa ceremonia religiosa que va, en vuestra presencia, a desplegarse entre los falsos decorados del plató de Auschwitz, en medio de un gigantesco baqueteo de televisión y de prensa, se intentará todo para convertirnos en avalista

indiscutido de estos cheques del odio. Vuestro nombre vale su peso en oro, para todos estos gangsters. Saldrá en el mundo entero, como si el primer Holocausto no fuera suficiente, un Holocausto número 2 que no habrá costado un millón de dólares como el otro, ya que Vuestra Santidad habrá suministrado absoluta y gratuitamente, a unos indecentes escenógrafos, la más fastuosa de las figuraciones.

El Holocausto número 1, cualquiera que haya sido su difusión y su impacto entre los tontos, no ha sido más que un gigantesco alboroto hollywoodiano, de una rara vulgaridad, y destinado ante todo a vaciar centenas de millones de bolsillos de espectadores no advertidos. Pero los estragos no podían ser más que pasajeros; se debería rápidamente notar que las extravagancias eran bufonescas, no resistirían al examen concienzudo de un historiador. Por el contrario, vuestro Holocausto, Muy Santo Padre, filmado con una gran pompa en Auschwitz, por un Papa en carne y hueso, revestido de toda la majestuosidad pontifical y ungido de veracidad, de cara a un altar inviolable, sobre todo en la hora del Sacrificio, este Holocausto número 2 arriesga aparecer a los ojos de una cristiandad burlada por unos manipuladores sacrílegos, como una confirmación casi divina de todas las elucubraciones montadas por unos usureros llenos de odio.

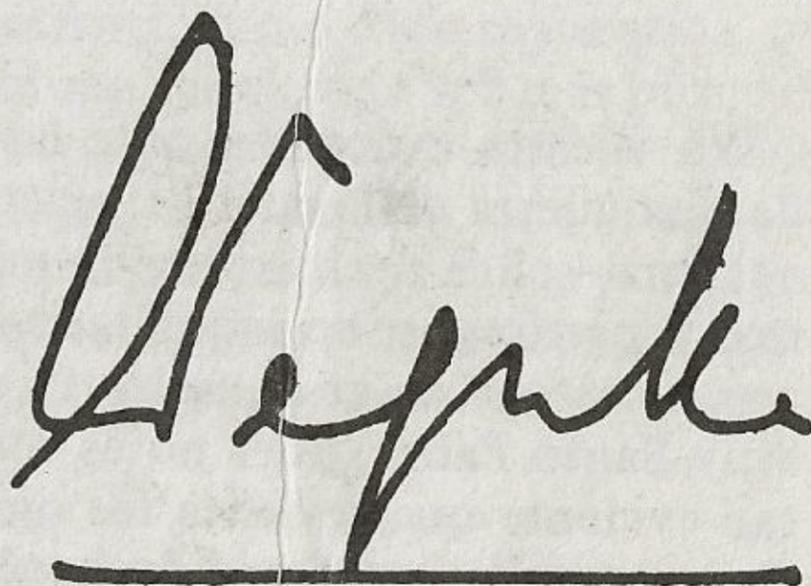
Ya vuestra evocación ante las tumbas polacas de Montecasino, de una guerra de la cual —si se cree lo que ha dicho la prensa internacional— S.S. no ha retenido más que ciertos aspectos fragmentarios y partisanos; ha inquietado a muchos fieles. Vuestra comparecencia ostentosa en Auschwitz no puede sino inquietar más aún, Muy Santo Padre, pues no es dudoso que se os va a “utilizar”. Es tan evidente que revienta los ojos. Unos filibusteros de la prensa y de la pantalla han decidido hacerle caer, con la mitra por delante, con vuestra sotana blanca toda nueva, en esta trampa de Auschwitz. Sin embargo esta ceremonia religiosa no puede representar a vuestros ojos, ciertamente, en la hora de la concelebración, otra cosa que una llamada a la reconciliación, y de ninguna manera una llamada al odio entre los hombres.

Homo homini lupus, dicen los sectarios. Homo homini frater,

dice todo cristiano que no es un hipócrita. Nosotros somos todos hermanos, el deportado que sufre detrás de las alambradas, el soldado intrépido crispado sobre su ametralladora. Todos los que hemos sobrevivido a 1945, Vd., el perseguido convertido en Papa, yo, el guerrero convertido en perseguido, y millones de seres humanos que hemos vivido de una manera u otra la inmensa tragedia de la II Guerra Mundial con nuestro ideal, nuestros anhelos, nuestras debilidades y nuestras faltas, debemos perdonar, debemos amar. La vida no tiene otro sentido. Dios no tiene otro sentido.

Entonces, de verdad, ¡qué importa el resto! El día que Vd. celebre la Misa en Auschwitz a pesar de las imprudencias espirituales que puedan comportar unas tomas de posiciones de un Papa en unos debates históricos no conclusos, y a pesar de los fanáticos del odio que, sin tardanza, van a explotar la espectacularidad de vuestro gesto, yo uniré desde el fondo de mi exilio lejano mi fervor al vuestro.

Soy, Muy Santo Padre, filialmente vuestro,

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Degrelle', written in a cursive style. The signature is positioned above a solid horizontal line.

León Degrelle.

## CONTESTACION DE S.S. JUAN PABLO II EN AUSCHWITZ

por José Martínez.

El Papa regresó a Roma. Su viaje de junio de 1979 a Polonia tuvo sus complicaciones. La propaganda oficial comunista escamoteó sus éxitos. La televisión polaca no presentó nunca vistas panorámicas de las masas que le recibían fervorosamente, limitándose, dos veces, a la presentación de la cara misma del Santo Pontífice. Sólo hizo una excepción sensacional con la ceremonia en el campo de concentración (mejor dicho, de trabajo) de Auschwitz, donde, conforme a los deseos del Gobierno comunista, el Papa concelebró la misa, el 7 de junio. Esta vez, si —porque correspondía a los planes de la propaganda soviética— la Televisión oficial polaca difundió a todo plano un gran reportaje del acto, religioso en la mente del Sumo Pontífice, anti-“fascista” en la mente de los otros.

En esas tierras sometidas a la dictadura comunista, Juan Pablo II —uno lo imagina fácilmente— no podía apartarse mucho, en Auschwitz, de las afirmaciones oficiales del Régimen marxista-leninista, según las cuales nada menos que cuatro millones de judíos habían muerto, hace treinta y pico de años, sólo en este campo de trabajo.

El catedrático de la Universidad americana de Evanston (Illinois) Arthur R. Butz ha destrozado radicalmente, en su libro *The Hoax of the Twentieth century*, dicha leyenda. Este gran sabio yanqui no tiene nada de un nazi. Tampoco lo tiene el científico francés Roberto Faurisson, catedrático en la Universidad de Lyon, que ha probado científicamente, en el periódico *Le Monde* y otras publicaciones, la imposibilidad material de las matanzas en “cámaras de gas” mediante el Cyclón B. Ha establecido que la totalidad de judíos muertos en Auschwitz, muertos, naturalmente, de cansancio físico, de desmoralización, de enfermedades, de epidemias tremendas —y no en “exterminios”— no sobrepasó los cincuenta mil a lo largo de cuatro años, es decir un promedio de 12.500 por año, lo que no tiene nada que ver con los cuatro millones, en cuatro años, inventados por la propaganda comunista, o hebrea.

Cuando las tropas soviéticas se acercaron a Auschwitz en Enero de 1945, los Alemanes dejaron tranquilamente en sus camas a los 6.000 deportados que no tenían buena salud, con diez y siete médicos para cuidar de ellos: prueba evidente que los nazis no echaban a los enfermos en “cámaras de gas” pues seis mil se quedaron así,

perfectamente atendidos, a la espera de los invasores soviéticos; prueba también evidente de que el Tercer Reich no tenía la menor inquietud de dejar en manos del enemigo estos seis mil testigos excepcionales de la vida en el campo de Auschwitz. Si los Alemanes habían cometido exterminios masivos de Hebreos como lo han afirmado tan ruidosamente los negociantes de Holocausto nunca se habrían arriesgado los SS a entregar tan tranquilamente 6.000 futuros acusadores. Si los ponían a disposición de los soviéticos es que no tenían miedo ninguno. Está clarísimo.

Pero, al Papa le era difícil contradecir públicamente los números extravagantes que inventó el Régimen comunista que le recibía, a pesar de la enormidad de una mentira que salta a la vista de cualquier persona que mira y que cuenta, y que ya no admite el propio "Instituto Contemporáneo de Munich" el organismo número 1 el antinazismo alemán. Hablar de millones de judíos muertos en Auschwitz o en cualquier sitio es poco serio cuando se sabe que algo como 600.000 judíos de Polonia (el sr. Begin, futuro Primer Ministro de Israel en cabeza) se refugiaron entre 1939 y 1941 en la URSS; otros tantos en Europa central; y, por lo menos, otros tantos que se quedaron en Polonia ocupada; cuando se sabe que las tropas de Stalin, al invadir Hungría en el curso del invierno 1944-5 encontraron centenares de millares de otros judíos (muchos escapados, también, de Polonia); entre ellos 200.000 en el solo ghetto de Budapest; cuando se sabe que en Francia el 80 por ciento de los 350.000 judíos no sufrieron deportación de ninguna clase y han llegado, ahora, a ser un millón (en tiempos de Napoleón, París contaba sólo con quinientos hebreos); cuando se sabe que 2.500.000 judíos muy listos, casi todos de Europa central, se han ido a ocupar después de 1945 las tierras robadas de Palestina, con una mayoría tan aplastante de ex-judíos de Polonia que el primer Gobierno de Israel se llamaba irónicamente el Gobierno de los Polacos; cuando pululan ahora millares y millares de Hebreos en Holanda, Alemania, Inglaterra, Bélgica, Suiza, Italia, etc...sin hablar de España, ¡quién va a creer en "exterminios de judíos" más numerosos y más dominadores hoy que nunca!

En el curso del verano de 1944, Himmler —como lo estableció definitivamente el Tribunal de Jerusalén durante el Proceso Eichmann— ofreció a los Aliados el cambio de un millón, y, después, de dos millones de judíos de Europa central contra diez mil camiones. Si los quería canjear es que estaban con vida. ¡Son las Demo-

cracias las que rechazaron egoístamente la oferta de Himmler, dos veces repetida!, para no tener preocupaciones, como ya, antes de la guerra de 1939, habían denegado a los judíos de Alemania cualquier posibilidad seria de expatriarse. Los 2.500.000 judíos que se marcharon a Palestina después de 1945 lo hicieron no con el apoyo de los vencedores sino en contra de ellos.

¿Cómo, por otra parte, los ferrocarriles alemanes habrían llevado tan lejos, inútilmente, millones de deportados cuando faltaban desgraciadamente vagones, maquinistas, carbón, etc...? Hasta faltaban para transportar al Frente del Este los soldados y las municiones. ¿Y, sobre todo, porqué el Tercer Reich se habría dedicado a "exterminar" a millones de judíos, indispensables en las fábricas y en los talleres de Europa, cuando Alemania a falta de mano de obra mortalmente, no tenía otro remedio que requisar por la fuerza por toda Europa sin número de obreros extranjeros, suscitando así oposiciones, odios y resistencias violentísimas. ¡Hitler, acosado necesitaba trabajadores y no cadáveres!

Los judíos, enemigos declarados de la Alemania hitleriana, y tratados como tales, tuvieron que trabajar, no todos, sino una porción bastante limitada (15 a 20 por ciento) de los 5,5 millones de los Hebreos de Europa. Los que murieron —por motivos normales— no eran nada al lado de las decenas de millones de deportados que hicieron perecer los soviéticos en sus campos de exterminio de Siberia (65 millones, según Soljenitzin). Los grandes asesinos del siglo fueron ellos, sin olvidar a sus discípulos checos, polacos, yugoeslavos, de 1945 y sus primeros admiradores de 1936 instalados, sin peluca, en Paracuellos.

Resultaba también, difícil al Papa recordar a los comunistas otros exterminios, por ejemplo el de Katyn, con sus millares de oficiales polacos, patriotas de primera, asesinados en este bosque con una crueldad atroz. Ya en 1941 los Soviets querían, por anticipos, eliminar toda competencia nacional en la Polonia que someterían en 1944 y 1945, a su dictadura férrea, igual que toda la Europa del Este.

Los comunistas polacos no han admitido esta visita del Papa en su coto reservado sin imponer condiciones y recibir promesas. Es lo que puede explicar la evocación extraña que el Papa hizo de la "liberación" de Polonia por las tropas de los Soviets, éstos Soviets quienes, aprovechando la invasión alemana de septiembre de 1939, asaltaron cobardemente a Polonia el mismo mes, tragándose la mi-

tad de su territorio; estos Soviets que “liberaron” el mando militar polaco decapitándole en Katyn; estos Soviets que hicieron parar en seco a sus Divisiones a 800 metros de las puertas de Varsovia en Agosto de 1944 cuando los patriotas polacos acababan de sublevarse, abandonándolos, no permitiendo tampoco a Churchill el ayudarles por vía aérea, hasta que, al final de una lucha heroica, sucumbió la Polonia nacional. Sobre sus millares de cadáveres, los de Katyn y los de Septiembre de 1944, Stalin instaló el Gobierno comunista del nuevo satélite. ¡Así “liberaron” a Polonia! No la liberaron, ¡sino, todo lo contrario, la traicionaron, la abandonaron y, una vez aplastada su tentativa de liberación, la invadieron y la domaron!

Dar las gracias a los herederos de Stalin por la dominación implacable que Moscú impuso por las armas a Polonia era tan enorme, de parte de un Papa — ¡y más de un Papa polaco!— que a muchos esta evocación de la “liberación soviética” pareció, no como un acto de humillación indignante, sino como una forma de amabilidad diplomática casi maquiavélica. De todas maneras, era pagar caro el billete de entrada.

A pesar de esto, lo significativo —muy significativo— del discurso del Santo Padre en Auschwitz fue, no lo que ha dicho, más o menos forzoso, sino lo que NO ha dicho.

No ha dicho, en Auschwitz, ni una sola palabra sobre lo principal, es decir sobre las “exterminaciones” en las “cámaras de gas”, a pesar de que hablaba a pocos metros de la enorme “cámara de gas” que se ve en el campo, cámara falsa (no hubo nunca ninguna, sino una sala de ducha y un depósito), totalmente nueva, edificada, desde el primer ladrillo hasta el último, por los servicios de propaganda comunista DESPUES de la II Guerra Mundial.

En su carta, León Degrelle había recalcado **enérgicamente** a Juan Pablo II la inexistencia de tales salas y la imposibilidad científica del empleo en ellas del gas Cyclón B para exterminios. El Papa lo ha tenido muy en cuenta: se guardó cuidadosamente en Auschwitz de cualquier afirmación o alusión a “cámaras de gas”, no pronunció la palabra “gas”. Era reconocer claramente que no se atrevía a tomar esta leyenda por su cuenta, que toda esta historia de Cyclón B no tenía ni pies ni cabeza, era insostenible, científicamente. Pero, sin “cámaras de gas”, ¿qué queda del mito de los “exterminios” de Auschwitz?...

El Papa hizo —positivamente esta vez— una segunda evocación

de la carta-refutación de León Degrelle cuando, abandonando su texto oficial, improvisó unas palabras que, en primer lugar, apuntaban netamente a los crímenes de los soviets y, en segundo lugar, aducían casi textualmente la citación del Jefe del Rexismo "Homo homini frater" (El hombre es un hermano para el hombre):

—“No quiero, declaró el Papa, abandonando su texto dactilografiado, no quiero nombrar a los que hoy hacen sufrir a pueblos o personas, que todo hombre es hermano”.

El diario YA, en su número del 8-VI-1979 (Pág. 10, columna 5) comentó con gran curiosidad la emoción de los 900 periodistas después de escuchar, muy extrañados, estas palabras súbitamente improvisadas, por el Papa, ausentes del texto oficial ya repartido a la prensa:

—“Los periodistas, escribe YA, salen del campo discutiendo a quien se refiere el Papa cuando ha introducido en su texto una frase diciendo que no quiere nombrar a los que hoy hacen sufrir a pueblos y personas, que todo hombre es hermano, ...”

Nosotros, lo sabemos, después de haber leído la carta de León Degrelle al Papa, carta “personal” que el Jefe del Rexismo no quería, de ninguna manera, que se publicara, que sólo ha salido a la luz en Bélgica y Francia por una indiscreción de un informador romano. Felizmente, pues ha tenido, como se ve, repercusiones muy útiles.

Ya no se hablara con la indecencia de antes de masacres hechas en “cámaras de gas” que públicamente calla el Papa mismo. Por otra parte, Juan Pablo II, en su improvisación, ha hablado sin miedo de “los que, HOY hacen sufrir a pueblos y personas”.

El Papa ha dicho HACEN.

El Papa ha dicho HOY.

Hoy es ahora. Los que “hoy hacen sufrir a pueblos y personas” ¿quienes pueden ser sino los dictadores comunistas que han sometido a su tiranía 270.000.000 de Rusos, los invasores que han aplastado con sus tanques en Europa del Este a los habitantes de Budapest y de Praga, los que siguen torturando y exterminando en sus GULAGS a millones de presos-esclavos?... ¿De estos, cuando se habla? Muy raras veces, y académicamente.

¡Pero, sí! mil provocadores siguen destrozándonos los tímpanos con las historias viejas de más de un cuarto de siglo, de judíos “gaseados” por las “cámaras de gas” que nunca existieron, duran-

te la Segunda Guerra Mundial, cuando los exterminios —verdaderos, estos— en campos soviéticos siguen HOY en plena actividad. Sin que ninguna autoridad política tenga el valor de contestar a estos crímenes actuales de otra manera que con palabras vanas e hipócritas.

Después de leer la CARTA AL PAPA de León Degrelle y la contestación improvisada que le hizo el Papa en Auschwitz, la propaganda judía ya no se podrá mentir con tanto descaro. Y a los farsantes indecentes que han inventado la estafa de HOLOCAUSTO, la gente sana sabrá oponer desde ahora la evidencia de los hechos históricos, su comprobación científica y la simple honradez.

Ya España conoció en 1936 su leyenda, especialmente mentirosa sobre los caramelos envenenados, distribuidos a los niños por las monjas. Sirvió de pretexto a las bandas marxistas para quemar centenares de conventos y asesinar por millares a religiosos y religiosas.

Quieren hacernos tragar otra leyenda de caramelos —nazis, esta vez— con millones de pobrecitos judíos, humildes, suaves, santitos, gaseados y quemados todos por Hitler, quienes, ahora, se pasean por el mundo entero, más flamantes y más exhibicionistas que nunca, rebosando de salud y de fanatismo, hinchados de indemnizaciones fenomenales, de pensiones estafadas y territorios robados.

Se creen el ombligo, la carne, los sesos del universo, a pesar de que el Estado artificial de Israel no representa ni la milésima parte de la población del mundo. La crisis dramática del petróleo proviene de la ambición insaciable y de la intolerancia sanguinaria de Israel. Los pirómanos de este Estado intruso han acabado con la paciencia de los Arabes y han provocado la quiebra de la economía mundial. Su voracidad territorial, sus chantages, sus venganzas y sus crímenes militares, cien veces repetidos y condenados, obligan a la humanidad a vivir bajo la amenaza incesante de una nueva guerra internacional. Una guerra internacional sólo por un puñado de hebreos imperialistas que siempre quieren más y más y más, acumulando —para conseguir su fin— las leyendas y las mentiras del tipo “cámaras de gas” y “Holocausto”.

Las historias de mandíbulas de asno con las cuales un hebreo-superman podía matar antiguamente, él sólo, en un santiamén, a sus siete mil filisteos atónitos han perdido su público ingénuo.

Con sus cuentos extravagantes de Auschwitz, los millones de judíos gaseados y resucitados nos aburren. No van a engañar más al mundo. ¡Basta ya!

José Martínez.



León Degrelle (foto van der Bossche)

# “HOLOCAUSTO

¿ES UNA MENTIRA...  
UNA FARSA... UNA ESTAFA?